

ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO...

Martha Stornaiuolo C.*

Este trabajo se ubica en el ámbito de la psicohistoria. Se apoya en los estudios de antropólogos, historiadores y arqueoastrónomos para el rastreo de la cosmovisión inca que sustentaba la organización de esta sociedad en ideología, parentesco, política sucesoria y que, en última instancia resultó siendo —interpretada desde una visión psicoanalítica (Freud, Aulagnier, Szondi, Rank, Tisseron)— un freno para hacer frente a la invasión española.

Hace cerca de 500 años el Imperio Inca, con un poderoso ejército y una población estimada en más de 10 millones de varones adultos, no alcanzó a frenar la llegada dominante de 67 extranjeros a caballo y 110 a pie. ¿Cómo puede entenderse semejante enormidad? Los intentos de explicación han venido de diferentes canteras, se han postulado distintos factores. Voy a permitirme la osadía de agregar una nueva óptica.

Se ha comprobado (Ziolkowski, 1988) que a fines de 1532, así como en julio de 1533, fue visible en el cielo del Tawantinsuyo el paso de cometas. Las crónicas documentan además que ocurrieron, antes de esas fechas, otros fenómenos meteorológicos prodigiosos (Wachtel, 1971): además de maretazos y terremotos más o menos propios de la región, la luna apareció rodeada de un triple halo, el primero color sangre, el segundo negro verdoso, el tercero como humo. Los entendidos en la lectura de los fenómenos celestes interpretaron el primer halo como indicador del advenimiento de una gran guerra entre los descendientes de quien era en ese momento el Inca (Huayna Capac), el segundo halo indicaba la ruina de la religión y el Imperio Inca, el tercero que todo lo logrado se perdería, como humo. No eran estos los únicos augurios funestos: un rayo cayó en uno de los palacios reales y lo redujo a cenizas; en la plaza mayor del Cuzco un águila, (o cóndor, para otros) cayó abatida por unos halcones y murió.

* Psicóloga. Psicoterapeuta de orientación psicoanalítica. <mstornaiuolo@caps.org.pe>

Se ha querido creer que los incas pensaron que los españoles, por ser blancos y barbados, eran dioses (la reencarnación del dios Wiracocha), y que ésta fue la causa de que no ofrecieran resistencia a su avance. Sólo un concepto muy pobre de la experiencia (aunque sólo fuera bélica) de un pueblo como los incas, con el dominio logrado sobre otras etnias y sobre la naturaleza, puede soportar tal “explicación”. La conformidad con esa “razón” y con la atribución de tal calificativo no es motivo del presente trabajo.

Tras recalcar que los nativos tuvieron muy clara conciencia de que los recién llegados eran mortales venidos de una desconocida procedencia, que montaban animales que para ellos eran novedad, que disponían de poderosas armas y por tanto se requería implementar estrategias especiales para hacerles frente, concentrémonos en el mundo incaico.

El mundo incaico

Tiempo atrás (aproximadamente en 1432) el Inca Wiracocha, al momento de morir, había anunciado que el Imperio Incaico llegaría al ocaso transcurridas 5 generaciones (de gobernantes incas) después de él, había predicho que llegarían extranjeros a estas tierras e indicado que deberían ser bien tratados (Sullivan, 1996). Esta comunicación se guardó en reserva entre la nobleza para no causar pánico en la población, pero tal noticia y mandato acompañaron a los Incas que lo sucedieron en el reinado. Las cinco generaciones que Wiracocha previó se cumplían en el Inca Huayna Capac, antecesor de la lucha entre Huáscar y Atahualpa que recibió la llegada hispana.

Es importante para nuestro entender dar una rápida mirada a la cosmovisión incaica, su estructura, el parentesco, así como a la política sucesoria del incanato. Estos son aspectos que últimamente se van desentrañando merced a estudios de historiadores, antropólogos, arqueólogos y arqueoastrónomos.

Indicadores cada vez más firmes refuerzan la existencia de un modelo ideal en el incario, a partir de cuya concepción se organizaría la totalidad del mundo andino, el Estado, la sociedad, el parentesco, el espacio, el tiempo (aunque es más acertado llamarlo espacio-tiempo, si se hace justicia a la traducción del vocablo “pacha” = mundo, existencia).

El incario recibió (y capitalizó) la historia y experiencia de las culturas nativas que precedieron a la formación del Estado Inca. Entre las vertientes de tal sabiduría encontramos las provenientes de la organización pre-inca de culturas tanto andinas como costeñas, la observación de los fenómenos celestes,

la historia de los conflictos interétnicos. Los Incas habían recogido los modelos y dificultades de relación (y su solución) en el seno de los grupos que precedieron a su hegemonía así como entre modos distintos de articulación de tales grupos. Con esto estamos pensando en las diferencias que conllevan sociedades básicamente cazadoras, pastoras, horticultoras o agrarias (por ejemplo, en los ámbitos de la concepción de las relaciones sociales, familiares y sexuales, de la concepción y relación con las imágenes de lo divino y con los antepasados)

A partir de su herencia cultural se construye el Estado Inca. Recoge de la tradición la organización dual que aplica tanto al ámbito social como al político y al religioso. Hemos mencionado la capitalización de la herencia pre-inca por parte de este grupo en la organización de su Estado; uno de los aspectos incorporados a la estructuración fue la división en mitades al interior de los grupos, mitades opuestas, complementarias y jerarquizadas. Bipartición y complementariedad son principios esenciales en la administración (producción y distribución de bienes e intercambio de servicios se rigen por esos principios). El Estado y el gobierno seguían ese modelo. El Imperio estaba dividido en mitades (Hanan y Hurin), a su vez subdivididas, la bipartición se duplica y deviene cuatripartición (cuatro Suyos). El centro es una quinta posición, de especial importancia, es origen y fin del espacio y el tiempo, que de él emanan, es el punto donde nace y desaparece continuamente la eternidad¹. Esta quinta posición es también la ubicación del poder y por ende del Sapan Inca (el principal).

La división en categorías alto-bajo, dominante-no dominante, Hanan- Hurin, regía tanto para la estructura geográfica como para la social y estaba sujeta, al menos en lo sociopolítico, a un proceso de redefinición periódica. El sistema (dos mitades complementarias, a su vez divididas en dos) plasma en una forma de gobierno que se ha llamado una doble diarquía, es decir, dos pares de cogobernantes para una y otra región, con áreas de competencia que algunos apuntan como distintas: Hurin más ligado a lo religioso, Hanan a lo militar, el Sapan Inca domina ambas.

El ejercicio legítimo de la autoridad se sustentaba en la actividad ritual (rey-sacerdote), en el despliegue de poder (poblaciones aliadas o dominadas y control de recursos materiales) y en el manejo de energía (edificación y mantenimiento de establecimientos). Las alianzas se establecían “a título personal”,

1 F. Fuenzalida, comunicación personal. (La figura de un surtidor o geiser es bastante aproximada, salvo que el geiser no reabsorbe)

entre el curaca de una región y el Inca, por ello debían ser renovadas en cada sucesión. El “apoyo” que tanto Huascar como Atahualpa buscaban en los españoles obedecía a la lógica andina de alianza con (y control sobre) poblaciones como recurso humano disponible para su gestión, y no en procura de soporte militar, del que hartos disponían ambos.

La invasión española encontró al Tahuantinsuyo en una guerra sucesoria en la que los hermanos Huascar y Atahualpa estaban empeñados en legitimar su derecho a la posición dominante. Uno proviene del linaje de Hanan Cusco, el otro de Hurin Cusco, pero era una contienda encuadrada también en el terreno de lo ritual, no exclusivamente política. El español llegó a América trayendo la mentalidad europea, en la que la organización temporal, social, el parentesco y las reglas sucesorias obedecían a normas diferentes a las nativas. La aplicación del modelo español del “sucesor legítimo” al trono no calza.

El parentesco andino es (o era) bastante más complejo que el europeo vigente en nuestra mentalidad. Mucho se ha escrito al respecto y no es ni necesario ni posible dar cuenta de ello en este trabajo. Para el propósito de este trabajo sí son relevantes en cambio algunas de sus peculiaridades. Se trataba de un parentesco que seguía reglas clasificatorias: los individuos del mismo sexo en una generación, entroncados con un antecesor común eran homologados (tío=padre, primo=hermano, nieto=abuelo²), no hay hijos “legítimos” e hijos “naturales”.

La cuenta generacional abarcaba hasta cinco generaciones ascendentes y cinco descendentes. Si pensamos en un fundador de una dinastía, transcurridas cuatro generaciones de sus descendientes, el individuo ubicado en la siguiente, la quinta, ocuparía lugar similar al de su antecesor (que ocupa el lugar 0 en la cuenta generacional) en tanto fundador de una nueva cuenta dinástica. Esto plantea otra homologación, y esta identificación viene reforzada desde el lenguaje: los términos con que se designan recíprocamente los descendientes y sus antecesores son los mismos a la distancia de dos generaciones. El punto 0 ocupaba el lugar central (inicial). Este modelo, que nuestro propio esquema nos permite seguir (“0 = el padre del tatarabuelo”, parentesco que nosotros contamos por grados, 1º, 2º etc.) se replica como en “ondas” de predominio (cercanía) decreciente al interior de una generación. (Se replicaba también en

2 En la “rueda de la vida” el alba y crecimiento de uno coincide con el ocaso y declinación del otro. El abuelo es contraparte, “doble”, en el mundo de los muertos (de los aún no nacidos), del nieto, en el de los vivos.

la organización espacial: cuatro Suyos y un centro, pero esa es otra dimensión). He usado el término “predominio” intencionalmente porque la vinculación al antecesor era requisito para la sucesión en la posición de Sapan Inca. La asunción del mando de un nuevo Inca implicaba, una y otra vez, acciones que significaban una nueva fundación del Imperio y con ello el “ordenamiento del mundo”, del espacio-tiempo.

Por cierto que la definición de la posición predominante en el gobierno del Tahuantinsuyo no estaba exenta de las tensiones propias de estas situaciones, ya que el acceso a tal posición reformulaba las ubicaciones respectivas de la nobleza y ello traía conspiraciones, traiciones, alianzas y también muertes. Las panacas (que, grosso modo, sería la parentela materna) de los posibles sucesores presionaban (no siempre limpiamente) por la elección de uno de los hijos de su Qoya como Sapan Inca.

El Imperio Inca recogió e incrementó el saber de los astrónomos antiguos. El estudio de los fenómenos celestes es de capital importancia para una sociedad que combina el pastoreo con el quehacer agrario, que necesita de indicadores meteorológicos para programar actividades de producción, indispensables para el aprovisionamiento de una muy numerosa población y para el sostenimiento de un estado de suficiente bienestar como para mantener la estabilidad, la paz (aunque sea relativa) en el interior de sus dominios. La paz... esto no era nada fácil. Siglos de combates interétnicos antecedían la hegemonía inca, más aún, los grupos guerreros no hubieran tolerado un estado de paz, que hubiera significado su extinción. Era necesario dar al conflicto armado un lugar, pero reglamentado. Esto intentaron hacer, fue una (una más) de las dificultades de su gestión.

Las investigaciones hacen cada vez más evidente que los gobernantes del incario eran realmente duchos en astronomía, en la medición del tiempo, en la contabilidad. La observación de los cielos les proveyó del modelo que intentaron replicar en la organización y manejo de su territorio, política e historia. Se sabe, claro, que también ésta fue manipulada para el mejor control de las poblaciones bajo su mando.

Los Incas (y con ello nos referimos al grupo dominante en el siglo XV d.C. según nuestra cuenta del tiempo) concebían su historia (la historia) como un devenir de cinco Edades, a las que llamaron “Soles”, cada uno de los cuales culminaba con un “Pachakuti”, entendiéndose por ello un “volverse el mundo al revés”, una “destrucción del orden establecido”, un estallido de las normas vigentes. Era una “desaparición del mundo”, de una humanidad, del “pacha” =

espacio-tiempo. En las crónicas la duración de cada una de estas Edades difiere (lo que bien puede deberse a los problemas de comunicación entre las mentalidades hispana y andina). Las Edades se destruyen por el fuego, por diluvio, catástrofes naturales de las que se salva un pequeño grupo que vuelve a poblar el mundo y a redefinir normas.

Al llegar los españoles

Al momento de la llegada española a estas tierras Huayna Capac era el Inca gobernante; ya entre 1524 y 1526, merced a una red de comunicación muy eficaz, sabía de su desembarco en tierras norteñas (Bahía de San Mateo, Colombia) incorporadas al Imperio. En su gobierno procuró tanto ampliar y demarcar las fronteras como reasegurar alianzas con las poblaciones anexadas, tributarias. Se cumplía en él la cuenta de cinco generaciones de gobernantes que el Inca Wiracocha había augurado le sucederían antes del desastre. Se sabe que consultó diferentes gremios de sacerdotes, en varios adoratorios, para averiguar los designios de potencias mayores a su propia competencia. Parece ser que salía muy desanimado de tales consultas, pero... había que seguir en la faena y así lo hizo.

El gobierno del Imperio Incaico no recaía sobre un ignorante: los pretendientes debían probar su idoneidad para el puesto y habían recibido, por ser de la nobleza, una acuciosa instrucción. Esta instrucción comprendía “artes” diversas: gobernar, administrar, hacer la guerra, historia, culto, astronomía. Los elegidos para el cargo no eran ni ingenuos ni incapaces.

¿A quién consultaba, qué consultaba, un tan poderoso señor? Consultaba los cielos a través de los especialistas en su observación.

Llegando a este punto nos remitimos tanto a la cosmovisión inca como a la información de arqueoastrónomos. Ya hemos mencionado la historia concebida como una sucesión de “Soles”, de “Edades”. ¿Fruto de lo que se ha querido llamar “mentalidad primitiva” del andino? Parece ser que no es tan simple.

La concepción inca del universo ha sido descrita como un holograma, cada parte replica el todo, en cierto modo es el todo. Es como una pieza de información que tiene la particularidad de que al focalizar un fragmento cualquiera del conjunto se aprecia la imagen total, aunque con una menor “resolución”⁴. El holograma cósmico incluye tanto el “pacha” (“kay pacha”), donde los hombres despliegan su cotidiano vivir, como la morada de los dioses (“hanan pacha”, mundo de arriba) y la morada de los muertos, los ancestros (“ucu pacha”, mundo

de abajo). “Arriba” y “abajo” en este contexto han sido objeto de un recorte en la interpretación: “abajo”, no sólo implica subterráneo, pues lo de abajo, invisible, tiene también una dimensión celeste en tanto doblaje de lo de arriba, visible.

La representación del cosmos suponía tres planos superpuestos, anclado el central en sus cuatro esquinas por pilares, con un pilar central proyectado a la esfera superior. En la observación de los cielos los antiguos andinos veían, naturalmente, configuraciones, constelaciones que no coinciden (aunque pueden identificarse sus astros) con aquellas a las que estamos más o menos familiarizados. Para ellos eran otras las figuras y los nombres (el Zorro, la Llama y su cría, y otras); algunas de sus constelaciones eran “negras” (espacios sin astros visibles). Como todas las culturas, conocían la Vía Láctea, de inmensa importancia, el Río del Cielo. En el ciclo anual de las variaciones celestes solsticios y equinoccios eran, y son actualmente, hitos marcadores del tiempo, actividades y rituales.

No vamos a introducirnos en profundidades de astronomía (los Incas sabían de ello infinitamente más que la autora de este trabajo) y doy por válida la voz de estudiosos capaces que han investigado el tema a conciencia.

Mi conocimiento alcanza a lo siguiente: por causa del movimiento de los astros la visibilidad de algunos cuerpos celestes varía, no sólo en el año sino a lo largo de larguísimos períodos de tiempo; “aparecen” y “desaparecen”. Saturno, por la amplitud de su órbita en torno al sol, parece fijo. De acuerdo a William Sullivan (1996), esa estabilidad hace que las variaciones de otros astros sean apreciadas en relación a ese “punto fijo”. Saturno da la pauta, las mediciones, la norma, la ley; su lugar visible en el cielo es “atravesado” por el camino de otros astros: “se encuentran”, reciben de él la ley y la medida.

Sullivan afirma que los Incas diferenciaban estrellas y planetas, establecían analogía entre algunas de las primeras con los segundos, y también establecían analogía entre las características que atribuían a ciertos astros con las propias de algunos personajes terrestres. Así, el “comandar” de un astro, Júpiter, que en su “encuentro” con Saturno ha recibido de él la norma, correspondía, en la tierra, al “comando”, a la normatividad Inca.

En los grandes ciclos enteras constelaciones se hacen invisibles por una “Era”, una “Edad”, un “Sol”. Además, ciertas constelaciones marcaban puntos

3 Es en aras de la “resolución” de la imagen que estamos enfocando diversos aspectos de esta cultura.

de contacto entre la esfera de los mortales, la de los dioses (identificados como astros) y la de los antepasados: eran “puentes”.

La predicción del Inca Wiracocha se cumple en una época en que el “puente” (la Llama⁴ y su cría) que permitía la conexión con el mundo de los ancestros estaba escapando a la vista, “tragado” por una constelación (mamamikhuy) cuyo nombre significa “la que devora a su padre y madre”. El anclaje, la transmisión del saber, la tradición se desvanecían, y con ello la identidad.

Aproximadamente 800 años antes del augurio la conexión con el mundo de los dioses se había perdido, el “puente” había desaparecido, había sido un Pachakuti, una catástrofe cósmica que modificó el mundo y sus reglas. Se iguala a la partida del dios civilizador Wiracocha, cuya marcha “por el mar” no alude al Océano Pacífico sino a su desaparición en las “aguas celestes”. Ese dios tenía su equivalente en el planeta Júpiter. La vigencia de su normatividad emanada de Saturno desde 200 a. C. habría traído paz, abundancia, producción, agricultura. Luego de la partida de Wiracocha (650 d. C.) cambió la norma, se impuso el ethos guerrero, adquirió relieve una cultura de dominio para la cual los antiguos modelos andinos de bipartición y reciprocidad no tenían vigencia.

El Inca Pachakuti, sucesor de Wiracocha (nótese cómo el nombre del nuevo Inca alude al “Pachakuti” cósmico), declaró al asumir la “mascapaicha”⁵ el inicio de la quinta “Edad”, el quinto “Sol”. Su gobierno pretendió rescatar y armonizar tanto los modelos panandinos, previos al surgimiento de la “ley de la fuerza”, como el ejercicio ordenado de la misma. Y en ese afán estaba el incario al tiempo que el mensaje leído en los cielos ensombrecía su propósito, un Pachakuti amenazaba, “pacha” estaba a punto de subvertirse.

Citamos a Sullivan en traducción libre:

... la palabra “Sol” aludía a un gran número de años entre eventos precesionales significativos. [...] En la terminología antigua de pachas y pachakutis, el mundo que se destruía consistía en un plano imaginario a través de la eclíptica, la “tierra celeste”, soportada por “cuatro pilares”, que son las estrellas que se levantan en los solsticios y equinoccios. Estos mundos eran “destruidos” cuando, en el curso del tiempo precesional, sus “pilares” “se hundían en el mar” dando paso al siguiente “mundo” . [...] Había, digamos, un “Sol” que se levantaba en

4 Para algunos, la llama, auquénido andino, por su carácter doméstico, ha sido equiparado al hombre civilizado.

5 Investidura de poder, análoga a la “corona” europea.

una era particular en un grupo particular de estrellas que marcaban equinoccios y solsticios. Pero cuando estos cuatro “pilares” se hundían, entonces el “Sol” que se levantaba con ellas también desaparecía. Ahora aparece un nuevo “Sol”, uno que se enlaza con una disposición diferente de jugadores celestiales.

¿Qué estaba pasando en el cielo?

En 1444 d. C. Saturno y Júpiter, cuya conjunción ocurre cada 40 años, se encontraron por primera vez en conjunción en la misma área de estrellas en la que lo hicieron en el año 650 d. C., cuando ocurrió el Pachakuti que inició el cuarto “Sol”, cuando el dios Wiracocha “dejó la tierra” y “pasó el mando” a otro dios (astro, o configuración celeste), cuando cambió la norma vigente en la sociedad. La predicción del Inca Wiracocha fue hecha anticipando eventos celestes que ocurrirían en la época de su quinto sucesor. Nada mal para el saber astronómico del incario, que observaba el cielo “a ojo” y no contaba con los instrumentos actuales que permiten a los astrónomos hacer su trabajo. ¿“Mentalidad primitiva”?... Pero esto ha sido descifrado de los reportes de mitos actuales y antiguos, de los registros de los cronistas, del estudio filológico de esas fuentes y de cartas astronómicas hechas por computadora... ¿Coincidencia?... En cualquier caso no es nuestro actual tema.

Desde la psicología

Huayna Capac al momento de morir repitió para Atahualpa la predicción y la recomendación de su ancestro: *tratar bien a los extranjeros*. Dicen que se refirió a ellos como “Wiracochas”, pues ese término hacía referencia a quien inicialmente formulara el vaticinio; arrastró (condensó) al hacerlo la alusión al dios civilizador homónimo. Pero los reportes de los hombres de guerra dan cuenta de una clara noción de la condición humana de los extranjeros. Es más, se sabía ya de los pillajes y atrocidades cometidos por los españoles en las poblaciones que tuvieron la mala fortuna de acogerlos. Esto, claro, no quiere decir que los Incas fueran benévolo con las poblaciones sometidas, pero otra cosa es que venga un foráneo a preñar en el propio terreno. Atahualpa increpó a Pizarro los robos y fechorías, pidió la devolución de lo robado. Sus capitanes le habían informado tanto del equipo como de la naturaleza de los hispanos. Se lo ha descrito en actitud sumisa: ojos bajos, silencio. Los desastres, que venían anunciados por los fenómenos atmosféricos, eran interpretados como una respuesta

divina a los pecados de los hombres. El más poderoso entre los hombres de esta tierra tomaba sobre sus hombros la responsabilidad, no era una actitud apocada. Atahualpa estaba cumpliendo un tiempo de penitencia, de ahí su silencio, su mesura. Transcurrido ese tiempo fue otra su postura, pero ya había cometido un grave error: confiado en su poderío se presentó a la plaza de Cajamarca con la pompa de la corte y no con el ejército (que tenía acantonado a pocos kilómetros). Fue a impresionar, no a guerrear.

Garcilaso de la Vega relata que, siendo niño en el Cuzco, preguntó a un anciano “orejón” (indio noble) cómo es que los incas, con inmensa superioridad numérica y ventaja geográfica habían sido conquistados por un puñado de extranjeros. El anciano dijo que Huayna Capac había ordenado a su pueblo servir a los extranjeros y repitió la profecía, añadió, irritado: *Esas palabras que nuestro Inca profirió fueron lo último que nos dijo, y fueron más poderosas para subyugarnos y despojarnos de nuestro Imperio que las armas que tu padre y sus compañeros trajeron a esta tierra.*

Cerca de cinco siglos después, es la intención de este trabajo ampliar la acertada respuesta del sabio orejón:

Llaman la atención y admiran en la estructura ideal de la sociedad inca la coherencia y consistencia del modelo, que se replica en múltiples dimensiones; incluso en la historia.⁶ Vemos una imagen repetirse al infinito como en un juego de espejos. Los incas fueron un grupo de alta civilización, empeñado en la construcción de un “cosmos”, un mundo ordenado para ajustarse al esquema preestablecido. El cotidiano vivir obligaba a “ajustes”, daba flexibilidad al detalle para insertarlo en el lugar deseado del esquema general, eran tanto políticos y administradores como constructores de cultura.

Y aún así... un imperio hábil en el guerrear “no pudo” frenar la invasión de unos pocos extranjeros. Y tanta repetición... Esto hace pensar en la observación de Freud en su trabajo *Más allá del principio del placer* (1919-1920) a propósito de la recurrencia de eventos en la historia de algunas personas, que *... hace en las mismas la impresión de un destino que las persigue, de una influencia demoníaca que rige su vida [...] tal destino [estaría] como preparado, en su mayor parte, por la persona misma y determinado por tempranas influencias infantiles.*

6 Hay que señalar sin embargo que la imagen cíclica de “Edades” o “Soles” no implicaba un desconocimiento de la linealidad del curso del tiempo, la misma reformulación de la historia con fines políticos es evidencia de ese reconocimiento.

Leopold Szondi (1972) observa que la recurrencia de sucesos se extiende al ámbito familiar, en el discurrir de las generaciones. Propone que la tarea del “hacerse hombre” es la creación de un camino personal, no sujeto a la determinación de lo que él llama el “inconsciente familiar”. No conseguir tal camino propio supone, dice, que el deseo de libertad se mantiene dominado por la herencia colectiva y familiar, por lo pulsional “vegetativo y oscuro”, por la “obligatoriedad” de la situación social en la que la persona ha nacido y el modo de pensar el mundo, impuesto a los descendientes a través de tradiciones familiares y sociales. Esta situación la denomina el “destino obligado”.

No suscribo el biologicismo ni el evolucionismo a ultranza de algunos autores, pero sí me parece que hay algunas constantes en el proceso de creación de cultura. El mecanismo de esa “creación” sería compartido tanto por la inscripción personal del infante en el ambiente que lo acoge como por la sociedad en la que se inserta. Desde esta óptica no es exagerado decir que “hacer cultura” es el juego del adulto. Crear esquemas mentales para la comprensión y dominio del entorno, que guíen el actuar, es tanto necesidad del infante como de la sociedad.

Nos remitimos nuevamente en este punto a Freud, quien en el ya referido texto *Más allá del principio del placer* reporta una viñeta: un pequeño en su cuna juega con un carrito atado a un hilo, lo hace desaparecer para luego, a voluntad, traerlo nuevamente a su campo visual acompañando ambos actos de entusiastas exclamaciones. Este juego se repite una y otra vez. Esta “obsesión de repetición”, (tan similar a los rituales) brinda varias satisfacciones: reafirma lo conocido y con ello neutraliza la ansiedad (pues el resultado del acto es siempre el mismo), confirma la posibilidad personal de control sobre el objeto, lo somete a la voluntad del actor.

¿Sería acaso muy osado atribuir a la sociedad inca (tan afecta a los rituales) motivos similares? Creo que es válido el parangón. La réplica del esquema en ámbitos diversos aseguraba el “orden”, la adecuación a una norma “tomada” del orden natural, cósmico. Por supuesto que tal norma es además “puesta” en esa esfera por el actor.

Pienso que la civilización inca (y seguramente cualquier civilización) forja su imagen al modo de un pequeño, que se ve a través de la imagen que percibe que tiene de él la madre, cuya mirada crea en él el espacio mental, el lugar de las representaciones. El pequeño se adecúa a esa percepción, es troquelado por ella. Esa mirada que da forma y cohesión habría sido traspuesta, en el incario, al modelo celeste, y tiene carácter de necesidad.

La intención reiterada de replicar la imagen (en organización social y geopolítica) busca garantizar la adecuación y, en la acción, dominar el entorno. En un mismo acto hay un sometimiento (al modelo proyectado y percibido, al cosmos) y una victoria sobre las circunstancias. Como el niño de la viñeta de Freud, que se aseguraba con su pequeño juego del regreso de su madre cuando ella dejaba, como el carrete, de estar a la vista. Pero si un “desastre” desarticula el espejo/modelo, ¿cómo hacer frente a la intrusión? ¿Cómo, cuando la propia imagen se rompe, construir la defensa? O, igualmente apropiado para el caso, ¿cómo hacerlo si la imagen se desliza del espejo dejándolo sin el reflejo?⁷

Piera Aulagnier (1984) propone que ciertos enunciados parentales pueden tener valor identificante en función del momento emocional del oyente y de la investidura afectiva de la voz que enuncia. En el receptor esa identificación (“posición identificatoria”) puede permanecer enquistada entre el repertorio de identificaciones disponibles. Apunta:

Salvo momentos o situaciones excepcionales, el yo podrá dejar fuera de campo la posición identificatoria en que el enunciado lo había estampado [...] Muy diferentes son las cosas para el sujeto [...] cuando esa interpenetración se produce entre un enunciado, un acontecimiento y una representación fantasmática que ocupa una función particular.

Un enunciado, una representación, un acontecimiento, dice la autora; una profecía, una configuración celeste, una invasión decimos nosotros. Si cabe hacer un paralelo, siguiendo a Aulagnier, el “exceso de afecto que inunda al sujeto nos remite [...] a los “... poderes de *imantación hacia el exterior*, ejercida por un acontecimiento sobre una representación para la cual ... [emplea]... el término de “*cristalización fantasmática*”.” La confluencia de los eventos activa un modo incuestionado e incuestionable de la propia identidad.

Si es cierto lo que O. Rank postula (y Freud cita en *Lo siniestro*⁸) acerca de la imagen del “doble”, de la imagen en el espejo, que la creación de la figura del

7 Como hace la constelación que se sumerge, ¿a dónde “se va” esa imagen, ese reflejo? ¿Se desvanece? ¿Se oculta? Los incas sabían de la posición de astros que no eran visibles de momento en el cielo, tenían noción de una realidad no perceptible.

8 A propósito de los temas que evocan un efecto siniestro Sigmund Freud menciona (en “Lo siniestro”, 1919) el tema del “doble” y sus desarrollos: “... **la identificación de una persona con otra**, de suerte que se pierde el dominio sobre su propio yo y coloca el yo ajeno en lugar del propio, o sea: desdoblamiento del yo, partición del yo, sustitución del

“doble” servía originalmente como *medida de seguridad contra la destrucción del yo, un enérgico mentís a la omnipotencia de la muerte*”⁹, es decir, negación de la posibilidad de la propia muerte, la desaparición de tal figura (que en el caso que nos ocupa es vista en la configuración celeste) abruma con la ineludibilidad de la propia desaparición. Sería esta la fuente del augurio.

De otro lado Sullivan propone que en el tiempo anterior al incario, con el predominio de la casta guerrera, el conocimiento astronómico, el modelo para pensar, como Filosofía, habría sufrido una degeneración, se habría “concretizado”. Aunque en toda sociedad hay sectores más cercanos a la abstracción, dice él: la Astronomía devino en Astrología. Freud apunta: ... *lo siniestro se da, frecuente y fácilmente [...] cuando un símbolo asume el lugar y la importancia de lo simbolizado*. En esto, si no en otras cosas, parecerían concordar.

S. Tisseron (1997) dice preferir el término “influencia” a la palabra “transmisión” para referirse al efecto de las vivencias de una generación sobre sus descendientes, pues este término ... *deja lugar a la interpretación del mensaje por parte del receptor...* (p. 13) de aquello que les viene de sus antecesores. Anota, citando a Petit Robert, que “influencia” alude a *una acción (voluntaria o no) que una persona ejerce sobre otra*. Estima Tisseron que tales influencias *pueden ser conscientes o inconscientes, morales, intelectuales o psíquicas. Proceden de un individuo, de un grupo, efecto de un poder político, económico o cultural; a veces constituyen una verdadera dominación y están organizadas en signos codificados o no codificado*.¹⁰ En el caso del incario, dado el modelo de su organización, puede pensarse en una plurideterminación del mensaje.

La pregunta del Inca Garcilaso admite varios niveles de respuesta. El ocaso del Imperio venía anunciado de antes, el Inca Wiracocha lo dijo, Huayna Capac lo dijo. El secreto se conservó en la casta gobernante y fue transmitido de una generación a otra. El modelo de parentesco facilita la homologación de uno y otro: Huayna Capac se encontraba en cierto modo “en el mismo lugar” que su antecesor que auguró el desastre. Y transmitió el mandato (“tratarlos bien a estos Wiracochas”), parece ser que en su lecho de muerte, a sus posibles

yo; finalmente con el *constante retorno de lo semejante*, con la repetición de los mismos rasgos faciales, caracteres, *destinos*, actos criminales, *aún de los mismos nombres en varias generaciones sucesivas*. Se experimenta cuando sucede algo que puede confirmar: “... la omnipotencia de las ideas, [...] la inmediata realización de deseos, [...] *fuerzas ocultas nefastas o [...] el retorno de los muertos*”. (La negrita es mía).

9 S. Freud citando a O. Rank en p. 2494 del T. III de *Obras completas*.

10 La negrita es mía.

sucesores. Atahualpa lo escuchó de sus labios. La identificación con los antecesores venía facilitada tanto por el sistema de parentesco como por el cargo. Propone Tisseron (siguiendo a Freud, 1914) que el superyó del hijo se constituye sobre el modelo del de su padre (Tisseron, p. 14) Las cinco generaciones de Incas que transcurrieron desde la emisión del vaticinio que los acompañó en el gobierno buscaron conservar y reproducir el modelo-pauta que organizaba su cosmos.

En el caso de Atahualpa, último Inca del imperio, el acatamiento del mandato puede concebirse como parte del sometimiento a la estructura y a “la voz” del padre muriente (¿su conservación?). El apelativo “Wiracochas” que reciben los españoles arrastra consigo, evoca, una inscripción en el registro inconsciente tanto por la homonimia con el héroe o dios civilizador como con el Inca antepasado. Más aún, la primera humanidad, en el primer “Sol”, según algunos cronistas, fue de hombres “blancos”. La imposibilidad de una acción decidida en contra de los “hombres blancos y barbados” que llegaron en el S. XV parecería provenir, no de una creencia consciente de una supuesta naturaleza divina de los españoles, sino de la inhibición del acto contra la voluntad de el (los) antecesor(es) masculino(s) gestor(es) de la ley y la civilización.

Hay otro punto a considerar en el ya mencionado juego del carrete: en el ejercicio del dominio, una de las fuentes de satisfacción proviene de la imposición sobre el objeto de la condición que genera sufrimiento. Una suerte de “te hago lo que me haces”. Puede haber parecido que la visión que se ofrece del incario resulta un tanto idealizada, no es esa la intención, lo que planteo es la apretada coherencia de un sistema de pensamiento plasmado en hechos; por lo demás el Imperio Inca y sus gentes sufrían todas las miserias humanas de cualquier sociedad: luchas internas, intrigas, asesinatos (también al interior de la familia gobernante), violencia.

La “paz incaica” por la vía de la alianza se lograba también por la imposición, no estamos imaginando dos jefes de etnias sentados a conversar acuerdos ante un escritorio. Llegados a la confrontación el curaca de una localidad enfrentaba una situación en la que “te alías ... o ... te alías”. Desde que hacerlo implicaba ciertas ventajas para él y su pueblo, y no hacerlo, la muerte (social o física), el sometimiento se conseguía por lo general. Pero para esto considerable número de muertes habían mediado, no poco rencor se habría guardado, —que fue evidentemente explotado por los españoles— y el levantamiento general de los curacas devino en oferta de alianza y fue bien recibido.

En suma, había en el Imperio Incaico una situación bastante cargada de agresión, de presión, ejercida por unos en contra de los otros. Por mucho que la “razón de Estado” o “de culto” campeara en la conciencia, me es difícil pensar que tanta violencia no dejara una marca en el inconsciente. Aunque puede ser etnocéntrico atribuir mandatos superyoicos propios de nuestra cultura al incario,¹¹ resulta difícilmente concebible que sólo hubiera orgullo en los ojos de padres y madres al ver partir a sus preciosos retoños (escogidos por su perfección) camino al sacrificio de la Capacocha (o Capac Hucha), en beneficio de la comunidad. Tristeza debe haber habido y, probablemente, culpa en relación a la criatura por permitir su muerte, así esto fuera en aras del bien colectivo.

El niño del carrito impone sobre su juguete lo que el adulto le hace sufrir a él (presencia/ausencia) identificándose con el poderoso. Parece concebible que, tras el ejercicio del poder en los términos señalados, el montante de culpa acumulado en niveles no conscientes haya llevado al grupo inca gobernante a un movimiento inverso, a la identificación con el polo receptor de la violencia, bloqueando su capacidad de respuesta. Ahora la figura sería: “lo que te hice, me es hecho”, justo castigo para esa franja de identificación.

Este punto, la culpa, reconozco, es cuestionable; las concepciones de vida, muerte, sacrificio en nuestras categorías de pensamiento no responden a la mentalidad andina y, el referente para suponer un sentimiento de culpabilidad es, tanto desde la teoría como de la propia vivencia, distinto. Las culturas (aunque a veces nos cueste reconocerlo) tienen modos diversos de investidura y significación para tales eventos. Lo que sí parece confirmarse es la lectura, en los hechos, de la evidencia de un acontecer inexorable, un destino fatídico ante el cual no cabe oposición; obran en ello tanto el troquel cósmico como el dictum parental.

Si esto es así, efectivamente el Imperio Inca no tenía salida; además de la crisis política de la coyuntura, desde el interior, desde su identidad, fuerzas ajenas a la conciencia socavaban sus posibilidades. La exquisita consistencia del modelo actuó en su contra, la multiplicidad de la “misma imagen” hacía vulnerable el sistema: en un “juego de espejos” circular lo que ocurre en uno de ellos afecta la totalidad de los reflejos. En lo que ocurría en espacios laterales mal se podía influir¹², el peso de la autoridad paterna transmitida transgeneracionalmente era imposible de desafiar, mucha sangre se había hecho

11 Observación de Alberto Péndola, que agradezco.

12 Sullivan propone una sugestiva teoría al respecto.

correr. Todo ello confluyó en que Atahualpa, pese al poder que lo investía, no alcanzara a tomar las medidas necesarias y dar las órdenes pertinentes que hubieran cambiado (tal vez) el destino de estas tierras. Sobre sus sucesores no sólo pesaban las mismas influencias, sino que las condiciones del entorno eran marcadamente más adversas.

El sabio orejón que respondió a Garcilaso tenía más razón de la que probablemente creía. Desde esta óptica, que no es la única¹³, desde la psicología y la lectura “occidental”, “contemporánea”, el incario (como Estado) se eclipsó por causa de una “neurosis de destino”¹⁴.

Agradecimientos

Por su aliento y acertadas observaciones: A los miembros del Grupo Interdisciplinario de Estudio de Mitos (activo al momento que escribí este artículo): Aurea Alcalde, Nohemí Arata, Juana L. Lloret, Jorge Oré, Alberto Péndola, Raquel Zanotti.

Por el aporte de bibliografía: A Roxana Alcázar, Nohemí Arata, Juana L. Lloret, Rosario Olivares, Jorge Oré, Raquel Zanotti.

Por la revisión del material etnográfico, por sus valiosas observaciones y aporte de bibliografía: A Fernando Fuenzalida. Su sensible fallecimiento enlutará por largo tiempo los claustros académicos y el ánimo de sus amistades.

Referencias bibliográficas

- Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu editores. (1977).
- . (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Buenos Aires: Amorrortu editores. (1986).
- Cloudsey, T. (1988). El curso del tiempo: desde el futuro a través del presente y hacia el pasado. En: *Anthropológica*. N° 7. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- . (1995). El tiempo y el mito en la dialéctica entre los mundos amazónico y andino en el Perú precolombino. En: *Anthropológica*. N° 13. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

13 En la lógica andina, de opuestos complementarios en los que un aspecto es manifiesto y el otro una “contracara” en otro plano, lo no manifiesto permanece oculto, pasible de expresión futura. Los mitos de regreso del tiempo del Inca soportan una imagen de continuidad en estado de latencia.

14 Y, ¿por qué no decirlo? A una inmensa dosis de mala suerte (si tal cosa cabe en la lógica de la Historia), porque ¿qué hubiera ocurrido de venir los españoles antes de la predicción? ¿o, digamos, unos 100 años después de la fecha en que lo hicieron?

- Freud, S. (1919). Lo siniestro. En: *Obras Completas*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva. (1973).
- _____. (1919-1920). Más allá del principio del placer. En: *Obras Completas*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva. (1973).
- Fuenzalida, F. (1977). Los Gentiles y el origen de la muerte. En: *Revista de la Universidad Católica*. Nueva serie, N°5. Lima. (1979).
- Garcilaso de la Vega (1539- 1619). *Comentarios reales de los Incas*. Lima: Ed. Librería Internacional del Perú. (1959).
- Guillén G. E. y López M., V. (1980). *Historia General del Ejército Peruano. El Imperio del Tahuantinsuyo*. Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra del Perú.
- Kemper C. C. (1995). Madre-padre-criatura: el dios andino transcorriente, Wiracocha. En: *Anthropologica*. N° 13. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Ossio, J. (1977). Las cinco edades del mundo según Felipe Guamán Poma de Ayala, En: *Etnohistoria y antropología andina*. Lima: Primera Jornada del Museo Nacional de Historia (1978).
- Rank, O. (1914). "El doble". En: *Imago*, tomo III.
- Regalado de Hurtado, L. (1996). *La Sucesión Incaica. Aproximación al mando y poder entre los Incas a partir de la crónica de Betanzos*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Sullivan, W. (1996). *The Secret of the Incas. Myth, Astronomy, and the War Against Time*. Nueva York: Crown Publishers Inc.
- Szondi, L. (1972). *Introduction à l' analyse du destin*. Lovaina: Ediciones Nauwelarts.
- Tisseron, S. et al. (1997) "El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma" Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1997.
- Urton, G. (1983). El sistema de orientaciones de los incas y de algunos quechuahablantes actuales tal como queda reflejado en su concepto de la astronomía y del universo. En: *Anthropológica*. N° 1. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Wachtel, N. (1971). *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530 -1570)*. Madrid: Alianza Editorial, S.A. (1976)
- _____. (1973). *Sociedad e ideología. Ensayos de historia y antropología andinas*. Lima: IEP.
- Ziolkowski, M. (1988). Los cometas de Atahualpa. En: *Anthropológica*. N° 6. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Zuidema R. T. (1972). Una Interpretación alterna de la Historia Incaica. En: *Ideología Mesiánica del Mundo Andino*. Lima: compilación de Juan Ossio. Edición de Ignacio Prado Pastor.

Resumen

Este trabajo se ubica en el ámbito de la psicohistoria. Se apoya en los estudios de antropólogos, historiadores y arqueoastrónomos para el rastreo de la cosmovisión inca que sustentaba la organización de esta sociedad en ideología, parentesco, política sucesoria y que, en última instancia resultó siendo —interpretada desde una visión psicoanalítica (Freud, Aulagnier, Szondi, Rank, Tisseron)— un freno para hacer frente a la invasión española.

Palabras clave: Doble, historia, neurosis de destino, organización, parentesco

Abstract

This paper lies in the field of psychohistory. It is supported by studies of anthropologists, historians and archaeoastronomers to trace the Inca's world view, sustained through ideology, kinship and succession policy, the organization of that society. Such world view ultimately turned out to be —from a psychoanalytic perspective (Freud, Aulagnier, Szondi, Rank, Tisseron)— an obstacle to deal with the Spanish invasion.

Key words: Double, history, neurosis of destination, organization, relationship